

Al fondo a la izquierda: un mapa para la Barcelona de la *Gauche Divine*

(1960-1970)

Ángeles Alpe
IDAES-UNSAM

Introducción

Nuestra propuesta se inscribe en una línea de investigación con la que desde hace unos años procuramos indagar en los vínculos existentes entre experiencia estética y ética, tomando como objeto de estudio el fenómeno sociocultural que fue la *gauche divine* barcelonesa entre los años 1960 y 1970. En esta ocasión, nos interesa particularmente abordar el tema desde la vivencia del espacio físico que toda una serie de intelectuales y profesionales liberales hicieron de la ciudad condal, para luego sí procurar comprender lo que simbolizó esa apuesta urbana para toda una generación.

En la época del *desarrollismo*, las relaciones de España con el resto del mundo empezaron a ser menos rígidas para los sectores económicamente más favorecidos, y los años que quedaban de franquismo se hacían muy largos para los jóvenes de la burguesía catalana que llegaban ya a los treinta años y no habían conocido nunca un país que no fuera el de la Guerra Civil Española o el de la dictadura franquista. La existencia en Barcelona de (relativamente) amplios sectores del mentado nivel socio-económico, la cercanía física con Francia –y por lo tanto con el resto de Europa– y la apertura al mar hicieron de aquella ciudad el único lugar de España en que un fenómeno como la *gauche divine* pudiera darse en ese momento. Este grupo heterogéneo y conformado sin ninguna disposición panfletaria *a priori*

recibió su nombre del periodista Joan de Sagarra, que no formaba parte de él, y tuvo como comunes denominadores la fruición por la cultura, una indiscutible posición antifranquista y un humor irreverente. Entre otros, la generación contaría con personajes como Carlos Barral, Jaime Gil de Biedma, Ana María Moix, Esther Tusquets, Jorge Herralde y un largo etcétera.

¿Construyen una nueva ciudad quienes viven acorde a una nueva estética? Transitar la urbe, explorar los barrios bajos y “prohibidos”, o bien frecuentar los bares de moda, se vuelven en estas ocasiones un viaje no solo geográfico, sino de conocimiento. Proponemos esbozar, en este sentido y teniendo como fuente los testimonios de artistas, intelectuales, editores, arquitectos a propósito del espacio urbano, cómo su generación se abrió paso, con dificultad y desconcierto –pero también con coraje– hacia una mayoría de edad velada, rayando en la ilegalidad, y que contrastaba siempre con la que se sabía existía en otras ciudades europeas.

El mapa y el territorio

La *gauche divine*, a menudo “despachada como una anécdota frívola de los años ‘desarrollistas’ de la dictadura franquista”, en palabras de Mercedes Mazquiarán (15), fue un fenómeno efectivamente difícil de delimitar para la crítica; acaso porque esa mutabilidad era lo que la propia sensibilidad de grupo profesaba. Su historia no se reduce a una anécdota, aunque sí fueron frívolos a mucha consciencia.

Luego de que la estética de las Vanguardias llevara al extremo los sentimientos en las primeras décadas del siglo XX, lo *camp* emerge como la siguiente sensibilidad creadora en nuestra tradición. Según Susan Sontag, es esta “la sensibilidad de la seriedad fracasada, de la teatralización de la experiencia. Lo *camp* rechaza tanto las armonías de la seriedad tradicional

como los riesgos de una identificación absoluta con estados extremos del sentimiento. [...] Lo único importante en lo camp es destronar lo serio” (316). A nuestro parecer, estriba allí una faceta que bien puede aplicarse a la *gauche divine*, una sintonía social –que no llega a ser un grupo– identificada con una teatralidad –que tampoco llega a ser un ideario– que pone de manifiesto la necesidad de ser diferente, y que esgrime la irreverencia y el humor como principales estandartes.

Hipótesis central de este trabajo es que esa teatralidad hizo de Barcelona su escenario. Los propios integrantes lo dicen, la *gauche divine* como “grupo”, de límites más o menos laxos, se formó en cualquier caso gracias a puntos de encuentro de carácter público. Esto es importante remarcarlo: por supuesto encontramos también casas o pisos particulares que se repiten como cobijadores de las anécdotas de la generación –Oscar Tusquets y Beatriz de Moura, por ejemplo, tenían la editorial en su departamento, entre discos y mascotas (Moix 2014: 35)–, pero los testimonios insisten sin cesar en la necesidad que sentían de crearse “un ambiente” fuera de las casas, de aprender a estar solos entre la gente y, sobre todo, a la expectativa de ver “quién caía” –también solo, también por azar– a ese punto de encuentro tácito. La equivalencia entre bares y generación se percibe ya desde el título que le da Jaime Gil de Biedma a su “Revista de bares (o apuntes para una prehistoria de la *gauche divine*)”.

Escogemos un bar a modo de ejemplo y leemos:

al Whisky Club fuimos llegando como después de un largo veraneo; porque algo había, en la precariedad y en la gregariedad de los primeros meses, de primer día de principio de otro curso. Muchos nos conocíamos ya, todos nos conocimos pronto. Y empezó una nueva época, la actual. (...) Aprendimos allí nuevas disposiciones de la noche, maneras más discretas de ser libres, otra inflexión en la voz. (...) Pasado el fervor de sus primeros años, el lugar se ha convertido en eso tan importante para una

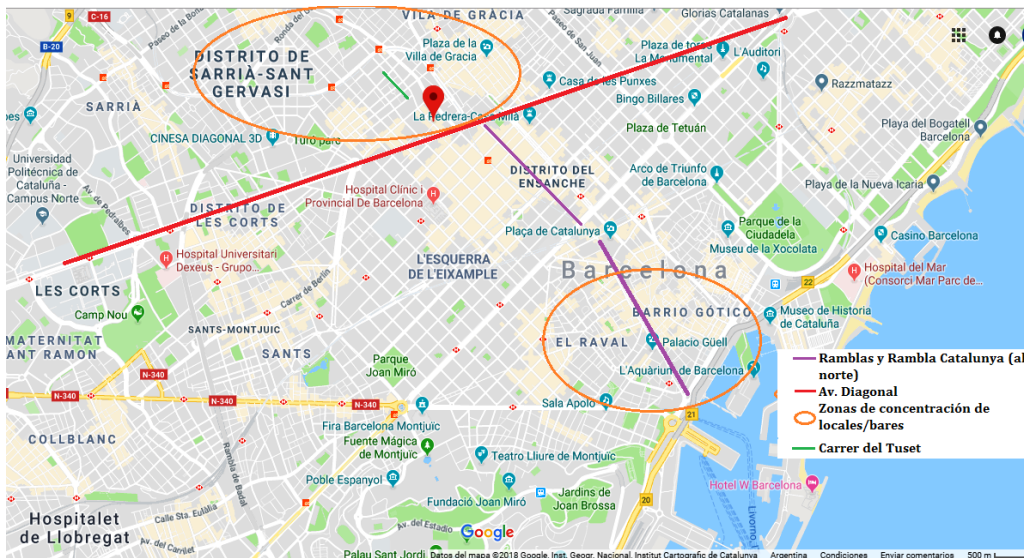
cultura urbana: una institución informal. Acostumbrados a su existencia, pensamos que existió siempre (706).

El poeta decide “crearse hábitos”: “En General Mitre han abierto un bar agradable, Flamingo, y desde el lunes me paso un rato en él, al salir del trabajo, antes de meterme en casa” (Biedma 2016: 555). Los bares que se hacen propios para un grupo se consagran en instituciones informales, aquello, según el autor, “tan importante para una cultura urbana”. La burguesía catalana no carecía de tópicos socializadores sólidos: estos jóvenes se habían criado entre el colegio religioso, la misa, el tenis, la universidad, la casa de veraneo, la empresa familiar.¹ ¿Qué instituciones les faltaban entonces a estos nacidos bajo la Guerra Civil? Las informales, las urbanas, las públicas.

Aunque Barcelona toda, la Costa brava, o Francia misma fueron sus rutas y escenarios habituales, puede decirse que dos caminos se trillan más que otros en una tarde-noche con la *gauche divine*: (1) la calle Tuset, que atraviesa el mundo de arriba de la Avenida Diagonal – que históricamente siempre separó en Barcelona la zona residencial de la clase alta o media alta del resto– y (2) el que lleva al centro, al Barrio Gótico y al Raval, es decir, la Rambla Catalunya y Las Ramblas.

Efectivamente, las calles más nombradas en las memorias o epístolas son a su vez las que sirven de nexo o de eje entre los barrios con más puntos de encuentro.

¹ Puede leerse una ilustración de esta sucesión de “hitos” en las recomendables *Memorias* de Carlos Barral (2015).



En el mundo del centro son menos los establecimientos con “nombre propio” y más los que se definen por la calle o la plaza cerca de la que se hallaban. Unas excepciones podrían ser:

- L'Estevet, aún abierto, restaurant tradicional y de lujo, de cocina catalana en el barrio del Raval.
- El *Jamboree*, tradicional local de jazz inaugurado en 1960 y que también perdura hasta nuestros días, ubicado en la Plaza Real.

Como en *Nada* (1944) de Carmen Laforet, las Ramblas son en la cotidianeidad de los sesenta todavía el nexo entre el mundo diurno y seguro del *Eixample*, Sarrilà o Sant Gervasi, y el “brillo del diablo” del Barrio Chino (o Raval), la ciudad vieja y el puerto (Laforet: 178). “Bajar” las Ramblas hasta la Plaza Real, o hasta el mar, se volvía entonces un auténtico descenso a los infiernos y, como dejan entrever los testimonios, al autoconocimiento. En otra parte hemos estudiado esta vivencia de la ciudad bajo las ópticas del *flâneur* y del

Bildungsroman, vinculada a la exploración de una madurez en dictadura, y la relevancia que ello tuvo para la forja de una personalidad intensa como la del poeta Jaime Gil de Biedma (Alpe 2017), que no en vano su amigo Carlos Barral llamó “el caminante” de las Ramblas (439):

Juan y yo fuimos luego a tomar una copa a Whisky Club, en donde nos encontramos con Willy, el muchacho peruandino cuya conversación siempre me divierte. Con él fuimos a Jamboree, al cerrar Whisky; después, ya solo, a Copacabana –mis propósitos de virtud cedieron y muy pronto me encontré en casa haciendo el amor con M. –
rougher than usual (Biedma 2016: 536).

En contraposición, haciendo foco ya en las zonas de residencia de las clases acomodadas, si tomamos como referencia los textos de personajes neurálgicos de la *gauche divine*, como los *Diarios* de Gil de Biedma, las *24 horas con la gauche divine* de Ana María Moix o las *Memorias* de Carlos Barral, hay otros puntos de encuentro que destacan como los más ilustrativos. Los sitios que enumeramos a continuación se encontraban todos arriba de la Avenida Diagonal y en torno a la calle Tuset (ver zona delimitada en el mapa), y los enumeramos en el orden cronológico (aproximado) del momento del día en que les toca ser frecuentados:

- La boutique *Saltar i parar*, atendida por Montse Esther e Isabel Bohigas en el cruce de calles Brusi y Sant Eusebi, fue durante años el punto diurno de encuentro. Ante la pregunta “a qué viene hablar tanto de dos señoras que nunca salen en los periódicos”, Ana María Moix responde que, si se trata de hablar de la *gauche divine*, Montse e Isabel “constituyen uno de sus pilares esenciales” (Moix 2000: 18). Eran conocidas también como “las Violeteras”, porque “Montse Esther, además de vestir a la *gauche divine* y proveerla de objetos para

regalar a los amigos y familiares en los aniversarios, Navidad y Reyes, también le da de comer en un restaurante llamado *Las Violetas* donde, por la noche, cantan los underground de la *cançó catalana*” (15).

- El bar *Boliche*; o el restaurant Ca la Mariona, establecimiento familiar donde siempre se les tenía preparada una mesa (Biedma 2016); lo mismo afirma Carlos Barral del restaurante “de Tonet”, en la cercana Plaza Bonanova:

En una de las calles adyacentes, [el restaurant de Tonet] era como una prolongación del sótano de Gil de Biedma. Casi a diario había en él una mesa de amigos por la que todos pasábamos dos o tres veces por semana. Se celebraban en él, también, las comidas de trabajo o de hospitalidad de la editorial cuando no eran solemnes [...] el dueño recitaba de memoria y sin error una larguísima carta que terminaba siempre igual: “conejo con caracoles y entrecots de ternera como eran en el año treinta y cinco”. Todos estábamos endeudados con el viejo Tonet, que llevaba una libreta especial titulada “cuenta de novelistas” en la que anotaba créditos que yo creo que nunca llegó a saldar (604-605).

- *Flash flash*, especializado en hamburguesas y tortillas, sito en la calle Granada del Penedès (perpendicular a calle Tuset).

- El *Stork*, bar de copas en el pasaje Arcadia [sobre calle Tuset], antecesor de *Bocaccio* (Biedma 2010: 699; 2016: 564; Mazquiarán: 30).

- El Pub *Tuset*, acondicionado por el mismo Oriol Regàs que fundaría *Bocaccio* y las demás entidades de la empresa Decamerón S.A.²

² A título ilustrativo del “omnivorismo” de la generación, que sería justo llamar Humanismo –pop, pero Humanismo–, las mencionamos: la discográfica Bocaccio Records, la productora de cine Bocaccio Films, la línea de diseño Bocaccio Disseny y la tienda de *merchandising* sobre todo lo demás, ubicada en la cercana calle Enric Granados, *BRM*.

- *Bocaccio* (sic), boîte y bar de copas ubicado en Muntaner 505, abierto por lo menos hasta las 4 a.m. Fue sede indiscutida de la *gauche*, que se consolidó y se diluyó entre sus cortinados:

El grupo se crea, yo creo, alrededor de un lugar que se llamaba Bocaccio que abrió Oriol Regàs. [...] arriba era donde se hablaba, abajo se bailaba [...] pero era un sitio donde sabías que por la noche te encontrabas a algún amigo y entonces se aglutinó gente muy diversa...” (A. M. Moix, en Mazquiarán: 30).

Las copas eran gratis para los que iban allí a escribir sobre la *gauche divine* (Joan de Sagarra, en Mazquiarán: 36).

Aquella fantasía que se llamó la *gauche divine* –y que nunca fue algo muy determinado– era cada vez menos cierta. Muchos nos dejábamos caer todavía en aquel Bocaccio que había sido capital de la noche, pero en lugar de encontrarnos unos con otros, con los de siempre, nos sentíamos como tolerados por razón de antigüedad en un mundo de jefes de ventas y de putas disfrazadas de marquesas (Barral: 808).

Juan Marsé, por su parte, le dedicó un entero relato ya muy conocido, “Noches de Bocaccio”, que viene a ser una puesta en literario de lo que Ana María Moix hiciera para su *24 horas con la gauche divine*.

- El *Drac drug-store* (jugando con la paronomasia entre el *drac* –“dragón” en catalán– y el *drug*), donde por la tarde se bailaba pop y por la noche se oían canciones de protesta. Abierto hasta bien entrada la madrugada.



En definitiva, podemos apuntar en líneas generales que los encuentros en los bares que una y otra vez reaparecen en los testimonios son tácitos (aquello que Cortázar resumiera en “andábamos sin buscarnos pero sabiendo que andábamos para encontrarnos”), por lo

tanto, en algún grado imprevistos e imprecisos (aunque predecibles, “casuales”), justamente porque permitían saber también si alguien estaba en Barcelona o “en el pueblo”, en la Costa Brava o en “misión cultural” en el extranjero.³ Ejemplificamos con una cita de Carlos Barral:

En esa época solíamos coincidir a la salida del trabajo, al mediodía y a veces por la tarde, en el Boliche, un bar todavía tradicional del paseo de Gracia, a manzana y media de la oficina, gentes a las que no relacionaba entre sí ninguna cosa más seria o más directa que su vinculación a un pasado de hábitos ni siquiera comunes, más bien los míos, ligados a aquella geografía de esquinas familiares. Eso y el cruce de caminos de los regresos de la universidad y los trabajos, juntaba allí, con más o menos tiempo que perder, a mis primas Rocha, al amigo Oriol Nicolau, a Jaime Gil, caminante desde Las Ramblas, a los Ferrate(r) si estaban en la ciudad, incluso al poeta Badosa y, desde ese día, a Jaime Salinas [...] aquel paseo de Gracia todavía en noble decadencia, en los últimos cuartos de hora de su rol de calle principal de una ciudad pequeña y vivible y en cada uno de cuyos sectores todos parecíamos parientes (439-440).

Por supuesto, los rasgos mencionados no son exclusivos, ni mucho menos, de los encuentros de la *gauche divine*. Pero sí es llamativo el énfasis que los testimonios ponen en ello. Como cualquier ética, la de esta generación guarda relación con una estética. Se los ha estudiado muy bien, por ejemplo, en relación al dominio de las artes decorativas o gráficas. Particularmente, M^a Àngels Fortea (2012, y especialmente 2018) sostiene que fue el fenómeno de la *gauche* el que posibilitó la introducción del arte pop en la Barcelona de los

³ Aunque por motivos de espacio no podemos extendernos aquí a este respecto, resulta sumamente interesante la itinerancia entre la ciudad y “el pueblo” [entendido como la casa, en general de familia, fuera de las capitales], y los vínculos –diferentes– establecidos con cada uno de ellos por parte de los miembros de la generación. Alberto Villamandos ya señaló en su momento a Barcelona y la Costa Brava como los dos “polos” de significación del espacio de la *gauche divine* (2011, Capítulo II).

sesenta. En la coyuntura que nos ocupa, el diseño gráfico, la arquitectura y el urbanismo viven una imbricación fundamental. Una forma de ilustrarlo brevemente es mencionar el hecho de que el propio Alexandre Cirici –uno de los intelectuales urbanistas más influyentes de la España del siglo XX, autor de la famosa guía *Barcelona Pam a Pam* (Barcelona palmo a palmo) (2013, reedición)– puso de moda el uso de la camiseta o *t-shirt* a base de pasearse con una que llevaba estampado su propio plano de la calle Tuset (conocida ya como *Tuset Street*) con los bares más ilustres señalados en ella. La camiseta se puso de moda y, por supuesto, uno de los fotógrafos oficiales de la *gauche divine*, Oriol Maspons, se encargó de retratar a diversos modelos vistiéndola.



Biografía, vivencia urbana y vivencia estética se cruzan inevitablemente. Aunque para coordenadas mundialmente distintas, Adrián Gorelik (2012) realiza un análisis análogo para la generación de Juan José Sebrelli, especialmente en base a su texto *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*: “Cada vez que ha vuelto al libro en sus memorias, lo ha presentado como resultado de sus caminatas obsesivas por Buenos Aires, un vagabundeo sin rumbo que Sebrelli coloca bajo la advocación retrospectiva de la figura del *flâneur*” (258). En el caso de la poesía barcelonesa de los sesenta, encontramos en múltiples textos el efecto de “soledad

en medio de la gente” y la forma de monólogo cercano al *stream of consciousness*. Es notable, por una parte, que ello no podría haber ocurrido sin la influencia de la tradición anglosajona, su austeridad retórica y el prosaísmo rítmico de la poesía que los miembros de la *gauche divine* recibieron gracias a maestros como Luis Cernuda –quien, además, habilitaría a los poetas del sesenta a una “sensibilidad de lo contradictorio”. Pero, por otra parte, lo que los propios autores denominaron “poesía de la experiencia” no podría haber existido tampoco sin una práctica real de ese aprender a “estar solo entre la gente”. Como una confesión hecha en un bar, “se trata de escribir como si el poema estuviese ocurriendo” (Biedma 2010). A título ilustrativo, transcribimos versos de un poema ya muy citado de Jaime Gil de Biedma (“Pandémica y celeste”), pero que concentra precisamente los tópicos que acabamos de mencionar:

Imagínate ahora que tú y yo
muy tarde ya en la noche
hablemos hombre a hombre, finalmente.
Imagínatelo,
en una de esas noches memorables
de rara comunión, con la botella
medio vacía, los ceniceros sucios,
y después de agotado el tema de la vida.
Que te voy a enseñar un corazón,
un corazón infiel,
desnudo de cintura para abajo,
hipócrita lector -mon semblable, -mon frère!
[...]
¡Si yo no puedo desnudarme nunca,

si jamás he podido entrar en unos brazos
sin sentir -aunque sea nada más que un momento-
igual deslumbramiento que a los veinte años!

Para saber de amor, para aprenderle,
haber estado solo es necesario.
Y es necesario en cuatrocientas noches
-con cuatrocientos cuerpos diferentes-
haber hecho el amor [...] (2010: 209-211).

Dicho esto, los vínculos entre el deseo, lo transgresor, la cultura, la soledad y la necesidad de los otros y del espacio público, no pueden quedar en anécdotas superficiales, porque parecen indicarnos algo sobre una sociedad, la española, que quería recibir la modernidad tal como se la prometían, con unas libertades y una vida nocturna como la de sus vecinas potencias económicas, pero sin tener las condiciones urbanas o morales para hacerlo. Así pues,

el espíritu del tiempo exigía otro estilo, otro sitio. Íbamos todos de bar en bar, dudosos, sin recalar en ninguno (...) siguió una fase de dispersión oscura, la ciudad se hizo extraña, la gente dejó de verse. [...] ¿Quién entre nosotros no ha pensado, con melancolía, en todos aquellos a quienes dejó de conocer durante los meses aquellos, porque aún no existía el sitio para conocerles?" (Biedma 2010: 705).

Con el correr de los años, las calles y las boîtes de las andanzas de la juventud quedaban atrás en pos de una adultez tan ordenada como las zonas residenciales. Sin embargo, está claro que aquellos barrios no desaparecieron, y que los bares en la capital

catalana se multiplicaron con creces. Fueron nuestros autores quienes dejaron de frecuentarlos:

Habíamos perdido el contacto, la intimidad con el paisaje urbano, yo al menos lo había perdido. Mi esfera de costumbres me había encerrado en la impersonalidad de los barrios residenciales, de la zona en que todos vivíamos y que era desposeída a ojos vista del cierto carácter que tuvo hasta hacia unos años. Nuestros barrios y los alrededores de la oficina, bañados en la anestesia de lo habitual, habían apartado la ciudad vieja, alejado la ancha ciudad de la juventud [...] mi ciudad parecía haberse vuelto agresiva e inhóspita sin razón [...] y ese repliegue geográfico era paralelo a un proceso de enclaustramiento, de división en incluso de ignorancia de otros grupos de gente literaria que seguramente existían (Barral 606).

Consideramos que un estudio de esta índole pone de manifiesto, más allá de lo anecdótico, todo un grupo generacional –aunque descoyuntado– que se forjó *saliendo a la calle*, de espaldas a la casa y a la autoridad familiar, en los bares y locales varios que, por una razón o por otra ofrecían las puertas a un mundo diferente y desestructurado o incluso prohibido: las editoriales o librerías, por lo publicado, las tiendas, por lo raro que allí se vendía, los bares o “antros”, huelga decirlo, por el alcohol y cualquier tipo derroche que en ellos hallara abrigo. Bajo esta óptica, la “ciudad vivida” y la “ciudad recordada” no son un mero decorado sobre el que acontecían las ideologías y la cultura, sino activos forjadores de estas últimas. Por ello, recuperar esa vivencia urbana es seguir las huellas de lo que una generación sintió, y de cómo echó raíces un imaginario estético. Repitamos con este propósito las palabras del poeta cuando puso de manifiesto que los bares marcaron el tempo

de su juventud: “Y empezó una nueva época, la actual. [...] Aprendimos allí [en *Whisky Club*] nuevas disposiciones de la noche, maneras más discretas de ser libres” (Biedma 2010: 706). Lo expuesto en estas páginas es el ejemplo de que crecemos en el espacio público. En contacto con los otros y en los actos voluntarios (frente a las actividades obligatorias o “de utilidad”).

[La del bar *Stork* era] gente, en fin, encantadora y amable, aunque un poco deprimente, gente que no se decide a establecerse, que no acaba de pagar retribución a la vida. (...) Después de largos años de acostarse tarde, de tener pequeños amores, de beber mezclando, de sentirse inadaptados, de trabajar sin ganas, de transmigrar en los bares sórdidos, cercanos a las Ramblas, a los bares sofisticados de más arriba de la Diagonal, helos por fin aquí a todos reunidos, un poco deteriorados ya, un sí es no es patéticos, pero aún impertinentes portavoces de la inquietud de su generación (Biedma 2010: 700).

Al fin y al cabo, frente a las frustraciones sociopolíticas y culturales de las décadas que los vieron volverse adultos, como dijo Teresa Gimpera, modelo y musa de la generación, “Lo importante es el cariño que nos tenemos” (Mazquiarán: 50).

Para la *gauche*, cualquier ocasión fue buena para un brindis. O casi cualquier ocasión, bastaba que fuera en defensa de la cultura y en contra de las opresiones:

Habíamos encontrado, una tarde, en los archivos de impresos en la editorial, una estampa pía de la Segunda República, una litografía con matrona sentada de firmes mamas, con león y corona mural y drapeada en la tricolor, y la llevamos a casa de Jaime que quiso celebrar con whisky e himno de Riego en el tocadiscos. A la segunda copa galopábamos la polka de punta a punta del pasillo, pateando ferozmente como niños de pelele. Era realmente exaltante.

–No, Jaime [Gil de Biedma], yo no soy exactamente un niño de la República. Eso, tú. Yo, a lo sumo, me contagio (Barral: 461).

Referencias bibliográficas

- Alpe, Ángeles (2017). “Fascinados por lo prohibido. La Barcelona del franquismo en los diarios y ensayos de Jaime Gil de Biedma”. En *Actas III Jornadas Interdisciplinarias de Jóvenes Investigadores en Ciencias Sociales*. San Martín: UNSAM. 5-14.
- Barral, Carlos (2015). *Memorias*. Barcelona: Lumen.
- Fortea Castillo, María Àngels (2013). “Las primeras manifestaciones de la gráfica pop en la Barcelona de los sesenta”. *Iconofacto*, vol. 9, nº 12. 9-37.
- Fortea Castillo, María Àngels (2018). “La *Gauche Divine* y su papel determinante en el triunfo del movimiento pop”. En *II Simposio de la FHD. Diseño y franquismo*. Barcelona: Fundació Història del Disseny. 1-17. Disponible en: <file:///E:/Me%20odio%20por%20muchas%20razones/Gauche%20divine%20y%20el%20disseny.pdf>
- Gil de Biedma, Jaime (2010). *Poesía y prosa*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- (2016). *Diarios (1956-1985)*. Barcelona: Lumen.
- Gorelik, Adrián (2012). “El camino que lleva a la ciudad Juan José Sebreli, una memoria de Buenos Aires”. *Políticas de la memoria*, nº 13, CEDINCI. 257-265.
- Laforet, Carmen (2009). *Nada*. Barcelona: Destino.
- Marsé, Juan (2002). *Cuentos completos*. Barcelona: Austral.
- Mazquiarán De Rodríguez, Mercedes (2012). *Barcelona y sus divinos. Una mirada intrusa a la gauche divine a casi medio siglo de distancia*. Barcelona: Bellaterra.
- Moix, Ana María (2014). *24 horas con la gauche divine*. Barcelona: Lumen.
- Sontag, Susan (1984). “Notas sobre lo ‘camp’”. En *Contra la interpretación y otros ensayos*. Barcelona: Seix Barral.
- Villamandos, Alberto (2011). *El discreto encanto de la subversión. Una crítica cultural de la Gauche Divine*. Pamplona: Laetoli.